

La siguiente conferencia es del Dr. Osvaldo Loudet sobre el tema "La vocación educacional de Vicente Fidel López" (La restauración de los estudios médicos después de Caseros)

La Vocación Educacional de Vicente Fidel López

No hay libertad donde el hombre es ignorante.

Sarmiento.

La figura patriarcal de Vicente Fidel López el historiador, ha eclipsado otros aspectos de su vida pública, como la de parlamentario, legislador, ensayista y educador. Escribió la historia de la patria y también la hizo. La escribió para enseñanza de las futuras generaciones y la hizo bajo el imperativo de su patriotismo y de las circunstancias. Por eso, su propia vida es un capítulo de nuestra historia que nadie ha concluido de escribir. Vivió casi todos los dramas y las glorias de nuestro pasado como espectador o actor principalísimo. En lo entreactos, en los remansos del río tumultuoso, se refugió en sí mismo para reflexionar y escribir. ¿No había dicho Cicerón que la Historia era la maestra de la Vida? Pues bien, era necesario aprender sus lecciones, oír su voz esclarecedora y no olvidar sus advertencias, sus condenas y sus absoluciones.

EL HOGAR PATERNO

El Dr. Vicente Fidel López nació en Buenos Aires, el 24 de abril de 1815 y coincide su nacimiento con el motín que diera por tierra con el Directorio de Alvear. El hogar del recién nacido fue afligido por la persecución política y su padre Don Vicente López y Planes conducido a la cárcel. El padrino del nuevo vástago, el respetable canónigo José Valentín Gómez, junto con Posadas, Vieytes, Monteagudo, Larrea, Rodríguez Peña, Agrelo y otros más, fueron procesados y castigados.

Sin embargo, muy lejos estaba el Dr. López y Planes del torbellino político, del cual era un sereno espectador. Su casa colonial trasuntaba la tranquilidad de su dueño y más que con los hombres públicos que le dispensaban la amistad, conversaba con Horacio, con Ovidio, con Cicerón y con Séneca, los mismos con los cuales exigiría al hijo platicar, para nutrirse el alma de sabiduría antigua. Este retiro que se había impuesto, junto a los grandes hombres, no le impedía recibir en el salón familiar a guerreros y políticos que discutían sus ideas, sus inquietudes y sus esperanzas. La vieja casona del autor del Himno, situada en la calle de los Representantes, era un verdadero laboratorio de la historia patria. Allí observaba a los protagonistas tejer sus sueños y sus intrigas, planear sus actos bélicos, discutir sobre sistemas representativos, clarificar o enturbiar la doctrinas en boga. Ese conocimiento directo de los actores explica que el hijo, el futuro historiador, le diera tanta importancia a la tradición oral.

El autor del Himno dirigió personalmente la educación del hijo. Había concentrado todo su amor en el unigénito, amor acrecido hasta el delirio después que el Dr. Cosme Argerich lo había salvado de una meningitis. No quiso hacer recaer en manos de otros la responsabilidad de aquella educación, y él fue el primero que, sin saberlo tal vez, le abrió las puertas de la Historia. En efecto, puso en sus manos un compendio de las "Vidas Paralelas" de Plutarco, que despertaron en el escolar su curiosidad y su amor por los héroes de la antigüedad grecolatina. No en vano había escrito Plutarco, en el exordio de la vida de Pericles, "que se dedicó a este género literario de las vidas comparadas de los varones ilustres de Grecia y de Roma, con el objeto de engendrar en los que la leyesen celo y deseo de imitar las acciones virtuosas que en ellas se refieren" (1). El padre, con esta varita mágica de las "Vidas", llenó de sueños el alma de aquella criatura que sería después espectador iluminado y actor encendido de grandes sucesos históricos. El mismo ha escrito en su "Autobiografía", publicada por Groussac en la Revista de la Biblioteca y refiriéndose a la lectura de este libro, las siguientes palabras: "Esos cuentos heroicos de personajes que me parecían semidioses, me encantaban" ¡Cómo no le iban a "encantar", para usar su mismo verbo, los paralelos entre Demóstenes y Cicerón, Pericles y Fabio Máximo, Solón y Publícola, Arístides y Catón! ¡Nadie como él pudo vivir en el siglo de Pericles o en el siglo de Augusto, para inundarse con la luz de sus grandes hombres! En el siglo de Augusto se encontró por primera vez con Horacio y Virgilio, con Tibulo y Propercio, con Ovidio y Tito Livio. De las sátiras del primero valoraba la templanza, la medida, la justicia en la crítica de hombres y costumbres, para luego explicarle en Juvenal la indignación candente, el castigo despiadado, los apóstrofes encendidos contra los tiranos de su tiempo. Al conocer a Tito Livio se enfrenta con el

(1) Plutarco: "Vidas Paralelas", Madrid, 1916. Tomo I, pág. 311.

historiador que reúne “la claridad de César en las narraciones, la delicadeza de Salustio en los retratos y la elocuencia de Cicerón en las arengas”. ¡Qué intuición maravillosa la del primer López al conducir su hijo por aquellos senderos de Atenas y de Roma para que el unigénito se encontrase con los primeros grandes maestros de su vida! ¡Con qué orgullo diría después que había tenido dos hijos a los cuales amaba por igual, el Himno y Vicente Fidel!

LA FORMACION HUMANISTA

El viejo López inscribió a su hijo en el curso de latinidad que dictaba el Presbítero Don Mariano Guerra en el convento de San Francisco. Allí siguió en contacto con los poetas e historiadores que le había presentado con anterioridad su padre. Volvió a vivir entre Tácito y Tito Livio, entre Suetonio y Salustio y conoció la vida trágica de los Césares. “Cuando en 1828 rindió examen en Ovidio y en Virgilio obtuvo la nota de sobresaliente”. (2).

Vino después el año 30. Rememora López en su “Autobiografía” la invasión torrencial de libros durante ese año. Era una cascada de luz sobre los espíritus sedientos. Las almas juveniles pugnaban por obtener las obras de Cousin, de Villemain, de Quinet, de Michelet, de Jules Janin, Merimé, Nissard y otros. “Andaban en nuestras manos —escribe— produciendo una novelería fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores dramáticos, clásicos, eclécticos, sansimonianos. Nos arrebatábamos las obras de Victor Hugo, de Saint Beuve, las tragedias de Casimir Delavigne, los dramas de Dumas y de Victor Ducange”. Revive las brillantes reuniones que tenían lugar en el “Salón Literario”: Leíamos de día; conversábamos y discutíamos de noche. El célebre prefacio de Crenwell de Victor Hugo, llamado entonces el nuevo Arte Poético, regía como constitución de las ideas. “Las palabras de un creyente” de Lanmenais, los discursos parlamentarios de Guizot, de Thiers, de Berrier... Los que más nos arrastraban eran Lerminier, Pedro Leroux y Sainte Beuve”.

En ese mismo año se incorpora López al curso de Filosofía y Retórica que dictaba el Dr. Diego Alcorta. Señala el flamante discípulo la influencia del maestro sobre su pensamiento y su orientación filosófica. En efecto, Diego Alcorta fue, más que todo, un moralista que creía en el progreso indefinido del género humano y que con su optimismo combatía los desalientos y las desesperanzas de los que vivían azotados por la tiranía y la barbarie. Pensaba, sin duda, que había un ritmo alternante en la historia y que a todas las caídas debía suceder una ascensión superior a las que hubiesen existido con anterioridad. No obstante estar impregnado de la filosofía sensualista de Condillac,

(2) Vicente F. López: “Autobiografía”. La Biblioteca. Tomo II.

no obstante su materialismo doctrinario, sostenía el libre albedrío y esa era una forma de sustraerse a un determinado imposible de sostener. La última lección de Alcorta en su "Curso de filosofía" encierra la síntesis de su pensamiento. Dice así: "Los modernos han hecho grandes progresos en el método científico: el análisis es el único método propio para descubrir; la síntesis sólo puede servirnos para consignar los descubrimientos que hemos hecho o como un medio de análisis... El espíritu humano se perfecciona cada día... el aumento de las ideas rectifica gradualmente los métodos, y la rectificación de los métodos facilita a su vez el medio de conocer mejor la verdad. Los hombres, por consiguiente, valdrán más a medida que sean más instruidos... Es preciso que las costumbres públicas hagan progresos análogos a los de la razón y ligar al estudio de las diversas ciencias las reglas morales que deben dirigir su uso. Entonces todas ellas servirán a la humanidad sin deprecirla... y entonces también la filosofía, que jamás debió ser otra cosa que la sabiduría misma, completará la dicha del género humano".

La influencia de este médico filósofo sobre la juventud de su tiempo ha sido igualmente señalada por Mármol en el prólogo de "Amalia": "Cada joven de nuestros amigos, cada hombre de la generación a que pertenecemos, y que ha sido educado en la Universidad de Buenos Aires, es un compromiso vivo, palpitante, elocuente del Dr. Alcorta. Somos sus ideas en acción; somos la reproducción multiplicada de su virtud patricia, de su conciencia humanitaria, de su pensamiento filosófico. Desde la cátedra, él ha encendido en nuestro corazón el entusiasmo por todo lo que es grande; por el bien, por la libertad, por la justicia. Nuestros amigos que están hoy con Lavalle, que han arrojado el guante blanco para tomar la espada, son el Dr. Alcorta; Frías es el Dr. Alcorta en el ejército; Gutiérrez, Irigoyen son el Dr. Alcorta en la prensa de Montevideo" (3).

Más tarde recordaría Vicente Fidel, que conversando en Chile con Alberdi, sobre sus primeros estudios bajo la dirección de Alcorta, el autor de las "Bases" le había dicho con énfasis: "¡Qué enseñanza aquella de Don Diego! ¡Qué sentido práctico! ¡Qué sensatez para mantenerse en el terreno de lo inteligible y de lo útil!".

Pero no todo era filosofía, retórica, literatura, en el maestro de aquella generación. No todo era ideología. Era menester aplicar y sostener las ideas y los principios en la vida privada y en la vida pública. Había que demostrar en la acción lo que se había argumentado en la cátedra y siempre han sido las crisis históricas los verdaderos reactivos para conocer la autenticidad de los hombres. Aparecen en esas circunstancias los pusilánimes, los falsos, los que estaban disfrazados y que nosotros creíamos altivos, honestos, incorruptibles. Y otros, que considerábamos

(3) Groussac: "Estudios de Historia Argentina". El Dr. Diego Alcorta.

indiferentes o ausentes del drama colectivo se convierten del día a la noche en héroes admirables o en mártires de la libertad y de la justicia.

Diego Alcorta, repetimos, era un profesor de filosofía y los filósofos se dedican a cultivar su jardín interior rodeados de altos muros que lo separan de la agitación ruidosa de las gentes. Pero veamos como saltó los muros y reveló su temple moral. El Dr. Diego Alcorta pertenecía a la Legislatura durante el año 1832, representando al partido de San Isidro, y debió intervenir en el debate que tuvo lugar en octubre del mismo año, cuando se puso a consideración de la Cámara el dictamen de la Comisión de negocios constitucionales que aconsejaba investir al gobierno de un nuevo poder discrecional. “La intervención de Alcorta —dice Groussac— en contra de este proyecto, tan enérgica en el fondo, como moderada en la forma fue, puede decirse, decisiva. El gran discurso del 29 de octubre resumía, en términos de una claridad y precisión verdaderamente científicas, toda la doctrina del liberalismo moderno contra la dictadura, mostrando a ésta generalmente ineficaz para conservar un orden que no fuese la opresión; en todo caso, funesta por hábitos de servilismo que tendía a fomentar” (4).

¡Qué sesión memorable aquella! Los discípulos de Alcorta habían concurrido en masa para ubicarse en la barra y aplaudir al maestro esclarecido. Allí estaban Vicente López, Varela, Gutiérrez, Frías, Tejedor, Miguel Cané (padre), Jacinto Rodríguez Peña, Miguel Estevez Seguí. Si todos los días acompañaban al maestro hasta su casa, después de las clases, pues según él constituían su “corona doméstica”, desde que Alcorta casado con la sobrina de Belgrano no tenía descendencia, aquella vez constituyeron su guardia de honor más brillante y más gloriosa.

Se preguntarán mis lectores cómo vivió Alcorta hasta el año 1842 en que murió asistido por Cosme Argerich y en brazos del joven estudiante de medicina, Guillermo Rawson. La explicación es ésta: había adquirido inesperadamente un seguro de vida contra la tiranía. Veamos como. Una noche del año 39, tres mazorqueros golpearon la puerta de la casa de Alcorta donde vivía acompañado por su esposa. Cuando apareció bajo el dintel de la misma, le exigieron con terribles amenazas que los acompañaran hasta la casa de Cuitiño. Pensó el médico que habían llegado sus últimos momentos. Lo llevaron a empellones hasta el lecho donde Cuitiño se revolvía por los dolores de un cólico nefrítico que le quemaba desde los riñones hasta la extremidad de los pies. Alcorta le administró una bebida opiácea y otros sedantes externos que lo calmaron totalmente. Desde ese día la cabeza de Alcorta fue declarada intocable para la Mazorca. La necesitaba viva y lúcida el enfermo asistido para el caso de otro nuevo ataque. Así consiguió un seguro de vida el Dr. Diego Alcorta.

(4) Groussac: El Dr. Diego Alcorta. La Biblioteca. Tomo II, pág. 132.

EN EL EXILIO

Vicente Fidel López abandonó Buenos Aires en febrero de 1840. La vida en la ciudad se hacía imposible; los días eran negros y rojos. En las almas la noche, en las calles la sangre. El dilema era de hierro: enmudecer o alejarse, vivir en la sombra o combatir a plena luz, bajo el signo de la libertad. Luchar dentro de la ciudad esclavizada y corrompida era una locura o un suicidio. Vicente Fidel López optó por el destierro. ¡Cruel desgarramiento para un alma sensible como la suya!, porque este arquitecto épico de nuestra historia fue toda la vida un poeta lírico ignorado. ¡Cómo recordaba al partir, “Los tristes” de Ovidio, el libro del poeta desterrado, cuya traducción le había valido la nota de sobresaliente! ¡Oh ironía del destino; nunca se imaginó que aquellos versos los iba a vivir en carne propia y los volvería a traducir, pero en lágrimas, angustias y tormentos! Dejaba a su madre, a su novia, a su maestro y a su padre, el más excelso de sus mentores, el guía insustituible, la luz permanente, el patriotismo encarnado. El día de la partida el autor del Himno le dio a su hijo, como el mejor salvoconducto para los hombres de bien y para él mismo, una carta que decía así: “Hoy es un día solemne para nosotros: será feliz o infausto, según la vía que la Providencia haya elegido para disponer de nuestra existencia. En el primer caso nos esperan alegrías; en el segundo tengamos conformidad y resignación, como hombres que comprendemos la vida y sus destinos. Sabes que somos fenómenos que nos hemos aparecido el uno al otro para desaparecer un día. Recuerda como nuestro Cousin califica al hombre: «phénoméne lui meme».

“Hasta aquí has vivido como dentro de mi órbita. Hoy la fuerza de las cosas te separa de mí para dejarte librado a tu propio peso, para que gires en tu propia órbita.

“Los principios de sabiduría con que has fortalecido tu inteligencia me llenan de confianza sobre el acierto de tu conducta futura. Te faltarán en los casos graves los consejos de la experiencia paterna, pero tienes dentro de ti la razón: si la consultas libre de pasiones, hallarás que el órgano por donde te da sus consejos y te comunica sus luces la Divinidad; dejas un padre mortal, pero hallarás dentro de ti mismo al Padre Universal y Unico Verdadero. Este es mi consuelo”⁽⁵⁾.

Partió para Bolivia en una diligencia de aquella época en que iban “apretados como higos en una petaca” según su expresión. Ingresó a Chile en 1841 y allí encontró a los otros emigrados argentinos. El año 1842 ha sido señalado por Lastarria como el de la renovación espiritual de Chile, y en esa renovación toman decidida parte los exilados de nuestro país. Rafael

(5) Esta carta fue comentada por el historiador Ricardo Piccirilli en “La Nación” del 9 de julio de 1936, en un artículo titulado: “Una página íntima de Vicente López y Planes”.

Alberto Arrieta, que ha estudiado magistralmente nuestras letras en el destierro, en el capítulo que se refiere a los residentes en la República Trasandina, llama a ese año 1842, el año fecundador, denominación exacta y justiciera porque en él nace la Escuela Normal y se designa Director a Domingo Faustino Sarmiento; se funda la Universidad cuyo rectorado ejerce Andrés Bello, y nace la Sociedad Literaria, retoño del Salón Literario del Plata. Todos estos hombres piensan que es necesario educar e instruir el pueblo. Proclama que “aun cuando la base de nuestro gobierno es la democracia, le falta todavía el apoyo de la ilustración, de las costumbres y de las leyes”. En ese mismo año aparecen varios periódicos: *La Revista de Valparaíso*, dirigida por Vicente Fidel López a la sazón de 27 años; *El Museo de ambas Américas*, también en Valparaíso, y su director es Juan García del Río, colombiano, amigo de Bello, y el *Semanario de Santiago*, fundado por Lastarria. Todos de vida tan efímera como fecunda. “¿Qué le faltaba a 1842 —escribe Arrieta— como realce de la vida espiritual chilena entre la rutina y la indolencia lugareñas y la impulsión del animoso despertar. El acicate y el choque, el brío y el ardor de la polémica. Los argentinos levantaron su oleaje” (6).

No voy a ocuparme de las polémicas que agitaron la ciudad provinciana, en las que intervinieron Sarmiento con Bello sobre la ortografía del idioma castellano, ni la otra sobre el romanticismo en que toman parte Vicente Fidel López con los anteriores y otros más. Vayamos a Santiago y detengámonos en agosto de 1843. ¿Qué acontecía en aquel joven argentino de 28 años de edad que vivía en el destierro las angustias de su país esclavizado? No podía olvidar aquellas brillantes discusiones con Varela, Gutiérrez, Cané, Frías y Fermín Irigoyen. ¿No había llegado acaso el momento de realizar el sueño que agitaba toda su juventud?: tener una escuela propia y asistir a la germinación y al cultivo de nuevas almas. La siembra de ideas y de principios de su maestro de Buenos Aires no había sido estéril. Siempre tenía presente el curso de filosofía de Diego Alcorta y las sabias enseñanzas del astrónomo Octavio Fabricio Mossotti. Si el primero le había despejado las nebulosas del cielo filosófico, el segundo, con sus lecciones de astronomía, lo había vuelto pitagórico e inundado de luz sideral su alma de adolescente. ¡Con qué emoción recordaba sus antiguos compañeros en el viejo colegio de la patria! ¡Cómo deseaba resucitarlo, siquiera en bosquejo, en aquella maternal patria chilena!

Pero para realizar su empresa en aquella ciudad colonial de Santiago, que la Providencia parecería haber creado para los proscritos del otro lado de los Andes, necesitaba con urgencia un compañero que tuviere la misma vocación, el mismo entusiasmo, la misma fe. Y en la ciudad dormida encontró al compañero más despierto que hubiera podido imaginar. Era un

(6) Rafael Alberto Arrieta: “Literatura Argentina”. Tomo II, pág. 191.

emigrado como él. No figuraba entre aquellos condiscípulos del Colegio de San Carlos, donde tal vez lo hubo de encontrar, si un sorteo adverso no lo hubiere privado de una de las becas que Rivadavia había instituido para los estudiantes de Provincia. Pero ese emigrado tenía otros títulos iguales o mayores. Era un condiscípulo en el estudio libre de las letras, el derecho, la historia, la filosofía. Era un autodidacto a quien la vida le había enseñado más que los libros, sin que éstos hubieran dejado de desfilar continuamente bajo sus ojos sobresaltados por la curiosidad y la apetencia de conocimientos.

He aquí la carta que le escribe al padre, residente en Buenos Aires y que contiene la gran revelación. Lleva fecha 9 de agosto de 1843 y dice así: “Mi querido Tatita: Como usted y mamita verán con mucho gusto, ese aviso que va en un pedazo de diario de aquí, se lo mando. Por él, verán que ya estoy con colegio que era toda mi aspiración. Ayer lo hemos comprado con un amigo de quien no he podido hablarles hasta ahora por razones especiales y que desde que estoy en Chile me ha tratado como a hermano. ¡Qué digo como a hijo, pues me ha colmado de atenciones y servicios y ha hecho de mi una entidad necesaria e indispensable para él; no sólo es mi amigo, sino mi admirador; verdad es que yo lo soy suyo también, porque es un hombre de una alta y bien nutrida inteligencia, alimentado como yo de Coussin, Jouffroy, Lerminier, Leroux, Guizot, etc., etc., Herder y Vico, en fin tatita, ni a propósito podría haberse llegado a formar dos inteligencias más análogas que la suya y la mía. Es mi paisano también. Desde que estoy aquí trabajamos juntos, ambos somos pobres; en todo aquello que usted me ha visto fracasar, ha fracasado conmigo. El público ha hecho de nosotros dos hombres una sola persona y es seguro que donde el uno se muestra, la opinión pública señala a los dos. Este es el amigo con quien ustedes me verán firmando en el aviso adjunto. Su hijo”.

¿Quién era el amigo, más que amigo, como lo dice en su carta? ¿Quién era aquella alma gemela —gemela en algunos aspectos y distinta en otros?— ¿Quién era aquel compañero tan pobre como él, pero millonario en ideas, en ilusiones y en proyectos? Era Domingo Faustino Sarmiento.

Tres meses después, en fecha 10 de noviembre, le escribe a su padre: “Mi querido Tatita: Conforme a lo que le dije y el aviso que usted vio, abrimos nuestro gran colegio con el nombre de Liceo, dimos al público un programa que le mandaré por mar en la primera ocasión, porque es un trabajo mío y que ha hecho mucha sensación, pues no solo hay en él un sistema completo de administración interior para esta clase de cosas, sino también un sistema completo de estudios. El prestigio de la casa fue grande y comenzaron a entrar jóvenes en un número crecido como no lo habíamos esperado... Verdad es que tenemos montada nuestra casa en un pie de aseo, propiedad y ventajas de todo género; tenemos una escuela que es un modelo, tanto

por los muebles cuanto por *la enseñanza*; todas las paredes las tenemos cubiertas de cuadros de letras de todo género, pintadas al óleo sobre grandes lienzos, lo cual les da un bello e importante aspecto. Yo estoy a la cabeza de la casa y llevo la enseñanza superior; vivo en ella y soy el jefe principal. . . . Yo estoy enseñando Legislación, Derecho Natural, Literatura, Francés e Historia. Para el año que viene vamos a tener una gran afluencia de alumnos pues hay un sentimiento universal de que nuestra Casa es la mejor de toda la costa del Pacífico. . . (7).

Todo esto no era una fábula, ni un sueño: era una realidad. Estos dos gigantes crearon una escuela a su imagen y semejanza. Habían nacido para ser maestros en pequeñas escuelas primero, y después en la otra inmensa de la patria en que nacieron.

En 1845 publica una memoria leída ante la Facultad de Filosofía y Letras de Santiago, con el título :“Resultados generales con que los pueblos han contribuido a la civilización de la Humanidad”, y un “Curso de Bellas Artes” editado en Santiago por la imprenta del Siglo, fruto de sus meditaciones de historiador naciente y de sus actividades y preocupaciones por la enseñanza.

Al promediar el año 1846 Don Vicente Fidel López decide partir para Montevideo y unirse a su prometida, con la cual había contraído enlace por poder, al alejarse de Buenos Aires. Seis años de ausencia, para un espíritu romántico de su estirpe lo habían hecho sufrir inmensamente. El trabajo intelectual intenso lo hizo olvidar a ratos sus dolores íntimos, pero su corazón desfallecía. Y resuelve volver a la Nueva Troya y despedirse de sus amigos. Entre estos últimos había uno de alta jerarquía histórica: el General Las Heras. Con él almorzaba todos los miércoles. Evoquemos la escena de la despedida. Me la ha referido su nieto el doctor Lucio López, médico cultísimo, que heredó de sus antepasados el talento, el ingenio y la probidad. Don Vicente le dijo al General: “¿No siente usted nostalgia de nuestro país, mi General? ¿No desea volver cuanto antes? ¡Nuestra patria —agregó— tiene un cielo tan azul y transparente y un suelo tan hermoso y tan fértil!”. El General le miró con tristeza y poniéndole las manos sobre los hombros le dijo: “Sí, hijo mío, nuestra patria tiene un cielo muy puro, y un suelo muy fértil, pero tiene un entresuelo que yo no vuelvo más”. El entresuelo de 1846 y años subsiguientes, constituido por un populacho depravado, abyecto, envilecido, ¡quién hubiera pensado que, exactamente un siglo después, durante los mismos años centenarios, iba a emerger con sus mismos vicios y sus mismas lacras!

DE REGRESO A BUENOS AIRES EN EL MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

Después de Caseros, es designado Gobernador de Buenos

(7) Archivo de Lucio V. López (h) publicadas por Jorge Lavalle Cobo, pág. 194.

Aires, Vicente Fidel López y Planes y éste, poco después, designa Ministro de Instrucción Pública a su hijo Vicente Fidel López, recientemente llegado del destierro. Cabe señalar aquí esta luminosa coincidencia: la creación del Ministerio de Instrucción Pública y la designación como su primer Ministro de Vicente Fidel López, un humanista con pasta de maestro, el discípulo preferido de Diego Alcorta. La creación, por primera vez del Ministerio de Instrucción Pública, a pocas semanas de Caseros demuestra la visión patriótica y la actividad febril de aquellos hombres que no se daban un momento de respiro para reedificar el país.

Por el decreto del 3 de abril de 1852 —dos meses después de Caseros— propicia en Buenos Aires la creación de la escuela Normal y traza su plan de estudios, declarando: “Que la Escuela Normal debe ser la base sólida y seria de la instrucción pública, y que no sólo es preciso proveer de una manera elevada a la educación general y especial de los que han de difundir la instrucción sino contraerse, muy particularmente a dotarlas de una posición importante en la sociedad” (A. Prado y Rojas: “Leyes y decretos promulgados en la provincia de Buenos Aires desde 1810 a 1876. Tomo IV. Citado por Iburguren). En ese mismo decreto se crean los primeros cursos nocturnos para jornaleros adultos y en el deseo de estimular a los maestros anuncia que “el gobernador de la provincia hablará directamente de la escuela normal en el mensaje anual que presentará a la Sala de Representantes y en él recomendará, al aprecio del país, el alumno más distinguido que hubiere en ella”⁽⁸⁾.

El 9 de junio, crea la primera Escuela de Comercio y dicta su plan de estudios. Dice en sus consideraciones: “que en los países en que como el nuestro, las carreras mercantiles están destinadas a tener un gran desenvolvimiento, es indispensable que se de a los jóvenes que han de abrazarlas una instrucción sólida y detallada, para que no solo estén los ciudadanos a la altura de la civilización del siglo, sino para que por sus aptitudes puedan desempeñar todos los servicios de escala, por donde deben llegar a las altas posiciones del país. Nada interesa tanto al país —agrega— como que los conocimientos sean igualmente difundidos entre las diversas altas profesiones que manejan sus intereses fundamentales y deciden de sus destinos”.

LA RESTAURACION DE LOS ESTUDIOS MEDICOS

Corresponde a Vicente López y Planes y a su hijo el Ministro de Instrucción Pública la restauración de la Universidad y de la Escuela de Medicina. El padre y el hijo, el poeta del Himno y el historiador futuro fueron los autores de los decretos de febrero 27 de 1852 el primero, y del 16 de marzo del mismo año, el segundo. Ambos merecen ser recordados, al menos en su parte

⁽⁸⁾ Carlos Iburguren: “Vicente Fidel López”. Conf. Facultad de Filosofía y Letras (1915).

sustancial. El primero tiene en sus considerandos la condena del tirano y marca con letra de fuego su acción contra la cultura del país. Dice así, en una de sus partes: “Cercado el Gobierno, por ahora, de numerosas y urgentes atenciones, no ha podido aún, a pesar de sus deseos, llevar su acción reparadora, como la irá llevando sucesivamente, a los diferentes ramos de la administración. Entre estos, no es el menos importante el de la instrucción pública, primaria y superior: ella será objeto de un plan general. Pero mientras este caso llega, fuerza es hacer desaparecer ciertas injusticias y monstruosidades del régimen anterior. Una de ellas es el injustificado decreto de 23 de abril de 1838, dirigido evidentemente al anonadamiento gradual de la Universidad; porque es una necesidad punzante del corazón receloso de los tiranos, la extinción de los focos de la luz que temen. Por ese decreto se ordenó que los estudiantes costearían de sus bolsillos, bajo pena de expulsión, no sólo los sueldos de los respectivos catedráticos, sino otros gastos del establecimiento, y que si no se reunía la cantidad necesaria, cesará la Universidad. Esta inicua disposición, que excluía al pobre de los beneficios de la enseñanza, como también otras que abandonaron a los esfuerzos de la caridad privada el sostén de todos los establecimientos de beneficencia, se fundaba en el pretexto de la escasez de rentas, producida por el bloqueo francés; y no obstante, ella sigue en vigencia y en práctica hasta hoy, a pesar de que se veía al cínico tirano derramar profusamente numerosos millones en objetos fútiles unos e inmorales otros. Entretanto: a despecho de ese malvado decreto, y a despecho de la temible y notoria prevención con que el tirano miraba al saber y a los que aspiraban a él, la Universidad, aunque arrastrando lánguidamente su existencia, ha logrado no morir. Este hecho notable, honra altamente a la generalidad de la juventud estudiosa, que muestra una verdad consoladora, a saber, que en los corazones no extragados todavía, aunque puedan ser temporalmente extraviados, predominan soberanamente los instintos naturales que arrastran al joven hacia lo que es esencialmente bueno y bello. La autoridad debe aprovechar y estimular este sentimiento; y en consecuencia, lejos de obstar a su desarrollo, allanarlo. Es además un deber imperioso del Gobierno Provisorio el hacer cesar el doloroso escándalo y la vergüenza de que una ciudad como Buenos Aires carezca, desde hace 14 años, hasta de escuelas públicas.

Por estas y otras consideraciones, y mientras es posible arribar a un arreglo general que realice en algún modo las ideas que quedan apuntadas, ha acordado y decreta:

Art. 1º — Queda totalmente derogado el salvaje e inicuo decreto de 26 de abril de 1838. Todos los gastos de enseñanza y sostén de la Universidad, incluso los del mes corriente, quedan al cargo del tesoro público, como debe ser, y como lo fue siempre.

Art. 2º — El Rector de la Universidad formará y pasará el presupuesto de dichos gastos, con arreglo a las cátedras que hoy

existan.

Art. 3º — Comuníquese al mencionado Rector y al Ministerio de Hacienda, publíquese en el Registro Oficial⁽⁹⁾.

LA RESTAURACION DE LOS SERVICIOS MEDICOS

Una de las glorias del doctor Vicente Fidel López fue la restauración de los estudios médicos en Buenos Aires y la autonomía que le dió a la Facultad respecto a la Universidad local. En la elaboración de dicho decreto, es indudable que intervinieron como asesores técnicos dos celebridades médicas: Juan Antonio Fernández y Juan José Montes de Oca. Lo cierto es, que causa asombro, que a dos meses de Caseros haya tenido tiempo Vicente Fidel López de plantear y resolver este grave problema de enseñanza universitaria. Merece recordarse los considerandos del decreto, que lleva fecha abril 15 de 1852. Dice así: "Impuesto el gobierno de la urgencia con que deben ser atendidas las aulas de Medicina; y considerando que la organización definitiva de la Facultad requiere ser trabajada con la correspondiente meditación y con el consejo de los profesores idóneos que hay en el país; lo cual demanda un tiempo incompatible con las exigencias del momento, ha resuelto llenarlas por ahora en lo necesario, para que no sean interrumpidos los cursos escolares del año, proveyendo a la enseñanza con la dotación de profesores de que ella ha menester corresponder a los objetos con que la sostiene el Estado; y en esa virtud ha acordado y decreta:

Art. 1º — Quedan abiertas por ahora y en ejercicio desde esta fecha las cátedras con los profesores que a continuación se designan:

- 1ª Anatomía y fisiología: Dr. Dn. Salustiano Cuenca.
- 2ª Terapéutica, materia e higiene: Dr. Luis Gómez.
- 3ª Nosografía quirúrgica: Dr. Teodoro Alvarez.
- 4ª Nosografía médica y patología general: Dr. Martín García.
- 5ª Clínica quirúrgica y operaciones: Dr. Juan José Montes de Oca.
- 6ª Clínica médica: Dr. Juan Antonio Fernández.
- 7ª Partos, enfermedades de niños y mujeres: Dr. Francisco J. Muñiz.
- 8ª Medicina legal, anatomía patológica e historia de la Medicina: Dr. Nicanor Albarelos.

En un Art. 2º se establece los días y las horas en que serán dictadas las distintas materias. En el Art. 3º dice que las cátedras de medicina quedan afectadas al servicio de los hospitales, debiendo los catedráticos de clínica elegir las salas que han de servir.

⁽⁹⁾ Archivo General de la Nación. Departamento de Gobierno (1852).

En otro artículo dispone que el curso de medicina durará en adelante 6 años y ningún alumno podrá obtener diploma de doctor o licencia para ejercer la profesión, sin haber cursado las materias en el orden establecido en el Art. 6º.

El Art. 8º consagra la autonomía de la Facultad. Reza así: Por ahora y mientras que la Escuela de Medicina no reciba la organización definitiva de la Facultad que le ha de caber cuando el gobierno expida su decreto orgánico de la Universidad, queda completamente separada de ésta; y será regida por una comisión compuesta de los catedráticos don Juan Antonio Fernández, don Juan José Montes de Oca y don Teodoro Alvarez, quienes se entenderán al efecto con el Ministerio de Instrucción Pública.

El decreto de reconstitución, todo lo resuelve y todo lo prevee, desde el nombramiento de profesores hasta el plan de estudios, el horario de clases y la práctica hospitalaria de los alumnos.

Eliseo Cantón expresa que este decreto significa la iniciación de una nueva era para la enseñanza de la ciencia médica en el Plata, era de libertad, labor fecunda y empeñoso anhelo de proceso. Del estudio del mismo surgen estas observaciones:

1) Que los profesores elegidos por Vicente Fidel López eran los más talentosos, capaces y experimentados de su tiempo, demostrando que muchas veces la elección directa cuando está inspirada en servir al país resulta más eficaz que ciertas reglamentaciones que permiten la filtración de intereses políticos.

2) Que el plan de estudios, por el orden, la naturaleza y la concatenación de las materias y la obligatoriedad de trabajo y asistencia a clase, por la severidad de las pruebas, es indiscutiblemente una obra de ciencia médica y de arte pedagógico⁽¹⁰⁾.

Cuando el Dr. Eliseo Cantón ingresó en la Academia de Medicina hizo el elogio de la obra del Dr. Vicente Fidel López. Más tarde colocó el retrato del eminente estadista en el despacho del decanato de la Facultad de Ciencias Médicas.

Al tener conocimiento de aquel discurso de recepción, en noviembre de 1897, cuando tenía más de 80 años, le escribió al Dr. Cantón una carta llena de ingenio, de gracia y de modestia. Le dice en ella que una vieja tía había plantado en el patio de la casa paterna un hermoso naranjo. Ese árbol, que todo los años daba frutos de oro, como si el sol se hubiese coagulado en las rubias naranjas, merecía las alabanzas de todos los visitantes, y la vieja tía cada vez que las escuchaba decía: "yo lo planté, yo lo planté". Esto lo repetía hasta el cansancio; "y era en vano que por mortificarla se quisiese hacerle comprender que entre plantar un naranjo o una higuera, y producir higos

(10) Eliseo Cantón: "Historia de la Facultad de Medicina". Tomo II (1921).

o naranjas había gran distancia. Ella, siempre inocente y sin comprenderlo, repetía “yo lo planté”.

“Permítame mi apreciado amigo y sabio académico describirle el cuento, escribe López. La floreciente Facultad de Medicina en que usted se ha educado con tan prestigioso éxito es el naranjo del cuento. La Academia en cuyo seno ha tomado usted tan merecido asiento es la cosecha y usted uno de los más exquisitos ejemplares de la áurea fruta. ¿Y la vieja tía? me dirá usted. Dejémosla en el tintero. Porque al fin ¿qué mérito o que gracia hay en haber plantado un naranjo o una higuera en la madre tierra, que ha fecundado su vida, su crecimiento y su robustez?”

INSTITUTO LIBRE DE SEGUNDA ENSEÑANZA

En el atardecer de su vida, dos años antes de producirse su gran drama —la muerte de su hijo— don Vicente Fidel López, con la colaboración de Mitre, auspicia la creación del Instituto Libre de Segunda Enseñanza, de cuyo Consejo Superior es el primer Presidente. Siempre tenía una escuela por crear, siempre tenía energías para empresas azarosas como éstas, siempre soñaba con un instituto modelo para formar la juventud. El Instituto Libre de Buenos Aires constituía para él la segunda edición del Liceo de Santiago. Al redactar su plan de estudios dice en el prólogo “que venía a realizar una idea de medio siglo atrás”. Tenía entonces 77 años. Elige como Rector para regir los destinos de la nueva casa a Aristóbulo del Valle, al cual le escribe estas líneas: “Estoy contento mi querido Aristóbulo, porque he encontrado en usted el hombre que deseaba para poner a nuestra juventud en el camino de la distinción y de la dirección de los intereses públicos”.

El plan de estudios que redactó en aquel entonces con el título de *Preparación clásica*, es de una arquitectura magnífica y se desarrolla en 6 años. Si es verdad que son obligatorios el latín y el griego, no menos cierto es que se exigen tres idiomas vivos: el francés, el inglés y el alemán. Además de gramática castellana, de filosofía, de lingüística y de literatura, se incluyen las ciencias naturales, la física y la química. La historia, por supuesto, está bien representada, especialmente la historia nacional, que figura en dos cursos. Respecto a esta última dice: “la historia nacional debe ajustarse a un texto obligatorio que adopte o haga escribir el Consejo Superior del Instituto; porque es materia que debe responder a las glorias y a los intereses nacionales y no puede abandonarse al acaso de profesores *indoctos* y ajenos al espíritu nacional, que debe dominar en todas las concepciones del ciudadano argentino”.

Como véis, aquella pasión por la enseñanza que parecía extinguida no lo estaba y seguía existiendo en lo más profundo de su espíritu. Comprobamos, una vez más que, dos pasiones dominan su vida: la pasión de la historia, que es la pasión de

la búsqueda de la verdad en el pasado para comprender e iluminar el presente, y la pasión que anima al educador, la más noble de todas, que busca la elevación de las almas y su propio descubrimiento para que realicen su destino. Y bien, su plan de estudios, es el plan de un pedagogo, pero lo es de un historiador. Contiene el pasado y el presente, lo clásico y lo moderno y quiere evitar que un ateniense se pierda en una sociedad materialista. Por eso le da igualmente al educando, las armas prácticas que usa la sociedad contemporánea. Pero el punto de apoyo, para elevar la vida, no es ni el oro ni el hierro; es la propia alma que afirma una vez más que la felicidad está en el amor, en la justicia y en la libertad.

LA OBRA EDUCADORA

La obra educadora de Vicente Fidel López ha sido profética y fecunda. Como todos los grandes hombres de su tiempo, tuvo la obsesión de educar al pueblo, sin lo cual la democracia es una simulación, una mentira y un fracaso. Porque hay que repetirlo una y mil veces: el sufragio universal sin la universal cultura es el sufragio de la universal ignorancia. Por eso, desde su juventud, a igual que Sarmiento y que Alberti, pensó en la escuela como instrumento de liberación y de justicia y las creó a lo largo de su camino, como hitos de luz para guiar a los hombres en su ascensión a la vida recta, útil y honesta. Hemos visto que a los 28 años funda con Sarmiento un Liceo en Santiago; a los 34, en Buenos Aires la primera escuela Normal y de Comercio y restaura la Universidad de Buenos Aires y reorganiza la Facultad de Medicina; y a los 77 años, en 1892, crea el Instituto Libre. Los fundamentos de sus creaciones en decretos y en escritos, son páginas que pertenecen a la historia de nuestra enseñanza pública.

En síntesis: vivió su infancia en los años nacientes de nuestra nacionalidad; su canción de cuna fue el himno de la patria, que su padre había creado para anunciar la nueva y gloriosa Nación y ella lo acompañó por todos los caminos del mundo, aquí y allá, en su país y en el destierro, en el infortunio y en el éxito; fue en sus labios un rezo permanente, en los días claros y en las noches oscuras; fue la canción de la eterna esperanza y de la luz inextinguible para este peregrino que nunca conoció las fatigas ni el renunciamiento. Vivió su adolescencia entre condiscípulos que auguraban ser en el porvenir otros tantos personajes de Plutarco, y lo fueron. Se impregnó de humanismo grecolatino y llegó a ser un ateniense y un romano. Vivió su juventud en el destierro: primero en Chile, con Sarmiento y Alberdi; después en Montevideo, con Mitre, Echeverría y Gutiérrez, y al probar el pan amargo del exilio, amasado con lágrimas, le dio a su ideal mayor vitalidad y energía. Vivió su madurez y ancianidad, siendo uno de los dos grandes historiadores de la patria y supo vivificar los documentos fríos, per-

didos y sin calor, apenas balbucientes. Mago de la evocación, resucitó las almas muertas en los archivos, trasladándolas a la atmósfera oxigenada en que vivieron. En sus manos y bajo la luz de sus ojos de vidente los papeles amarillos perdieron su palidez de difunto y se tiñeron con la sangre roja de la vida.

Tuvo alma de educador y hasta en sus postreros días soñó con fundar escuelas como Sarmiento, hermano, compañero y amigo, en campañas libertadoras del espíritu.

